



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 12. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 20 DE MARZO DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.



ecididamente no es oro todo lo que reluce ni plata todo lo que parece. Decimoslo, porque el otro dia un prójimo llevó á un prestamista una docena de cubiertos que parecían de plata y le sacó 2,000 reales por ellos, habiendo resultado luego

que los tales cubiertos eran de metal blanco. Habilidad tendria el mozo, porque sobre hacer pasar por plata lo que no lo era, que es lo menos, tuvo maña para enganar á un prestamista, que es lo mas. Esto de pasar una cosa ó una persona por lo que no es, se ve muy frecuentemente en el mundo; y aun casi pudiéramos decir que nadie pasa por lo que realmente es, porque verdaderamente si muchos dijeran lo que son, no pasarían, y aun habria quien quisiera clavarlos sobre un mostrador como moneda falsa. Por consiguiente, ¡ojo avizor! que el dar gato por liebre es muy comun en todos los paises, y desgraciadamente hay menos liebres que gatos. Ejemplo al canto.

Ahora se ha inventado un peinado para las mujeres que es diabólicamente engañoso. Ya la cabeza de una mujer no se asemejará como hasta aquí á un florido y pintoresco valle entre dos altos y empinados riscos: de aquí en adelante será una especie de paraiso terrenal, de cuyo fondo saldrán como en el Penjab y en la Mesopotamia diversos rios y arroyuelos representados por bucles de distintos tamaños y calibres. En el centro se ostentarán toda clase de flores y frutos, campanillas, espigas, follaje, rosas, azucenas, verbena é hinojo, y

de todo este bosque partirán los tirabuzones formando el cuadro del rostro y las caidas de la cabeza. Es claro que las flores, arbustos y yerbas de este jardin no han nacido en la cabeza de la mujer que lo lleve: esto se cae de su peso; pero hay que advertir que tampoco los rizos, por mas lustrosos, abundantes y bellos que sean, habrán nacido donde se ostenten, aunque la que los lleve sea jóven y tenga hermoso cabello, porque dicen los inteligentes que este peinado de bucles es tan difícil de arreglar artísticamente, que ni puede fabricarse con los cabellos propios, ni dejar de disponerse por la hábil mano de un peluquero. Por consiguiente todos los bucles que ustedes vean en el peinado que vamos describiendo, son postizos sin mezcla de natural; y sirva esto de aviso á los pollos y á los solteros para que no se fien de esterioridades, y cuiden no les suceda lo que al prestamista de que antes hemos hablado, que recibió metal blanco por plata fina.

Si se quiere otro ejemplo de que hay pocos que sean lo que parecen, vamos á darle. Entraron en una relojería dos hombres bien portados y pidieron cada uno un reloj de oro que ajustaron el uno en 4,500 reales y el otro en 2,300. Al pagar sacaron el primero billetes de Banco por valor de 5,000 reales y el segundo por valor de 2,500 y los entregaron al relojero, el cual los envió á una casa de cambio para saber si eran buenos. En la casa de cambio le dijeron que en efecto eran legítimos, y entonces el relojero dió los relojes y el resto del precio y los dos caballeros se marcharon. A poco de haber salido de la tienda, se presentaron en ella otros dos hombres con uniforme de agentes de policía; preguntaron por los billetes de Banco, dijeron que eran robados, los pidieron para examinarlos y cuando los tuvieron en la mano invitaron al relojero á que les acompañase para prender á los ladrones á quienes acababa de ver pasar. El relojero salió con ellos; los ladrones echaron á correr, los del uniforme corrieron detrás, y al volver una esquina desaparecieron los cuatro, sin que el pobre relojero haya vuelto á ver ni el dinero, ni los relojes, ni los billetes. Los supuestos agentes eran otro par de ladrones. Vayan ustedes á fiarse de apariencias.

A últimos de la anterior semana se verificó la ceremonia de la presentacion de la infanta recién nacida en el templo de Atocha, adornado convenientemente para el caso. Un hermoso dia favoreció la ostentacion de la pompa y trenes regios, y llamaron mucho la atencion los magníficos caballos árabes, de media sangre y de

raza española llevados del diestro por palafreneros, lo mismo que los tiros del coche real. La comitiva salió de palacio á las once y media de la mañana y volvió á las dos despues de cantado el *Te Deum* en Atocha. El domingo último, favorecido tambien por un sol brillante que dejó lucir las libreas y trenes de la aristocracia, hubo besamanos general en palacio; y creemos que algun banquete ó baile para cuando pase la cuaresma ha de estar en perspectiva y halagar las esperanzas de los que asisten á las reuniones y solemnidades del regio alcázar. En cuanto á la jornada de Aranjuez, de la cual habia comenzado á hablarse, segun nuestros informes tomados en las fuentes mas puras y cristalinas, se dejará para últimos de abril.

Siguiendo el órden cronológico de los sucesos, diremos que el lunes con motivo de los dias de la distinguida actriz Matilde Diez la orquesta del teatro de Variedades le dió una brillante serenata dirigida por el maestro Oudrid con su acostumbrada maestría. Ejecutáronse varias piezas con la mayor perfeccion y la concurrencia que era numerosísima pasó un rato muy agradable. Ya que hablamos del maestro Oudrid, autor de la música de bellísimas zarzuelas, no pasaremos en silencio el sentimiento que nos causa el no ver hace tiempo puesta en escena ninguna obra suya.

Un periódico se ha quejado el martes último (y aquí se observará cómo seguimos el órden riguroso de los tiempos), del abandono que dice se nota en algunos establecimientos de beneficencia y señaladamente en el asilo de San Bernardino, en el cual asegura que los alimentos que se dan, además de escasos son *abominables*. No tenemos datos ni para confirmar ni para negar lo que ha dicho el periódico que produce esta queja; pero debemos decir en general que si no se dan otras bases á la beneficencia pública que la pongan á la altura de lo que debe ser en el siglo XIX, nunca habrá buen arreglo en los establecimientos y cuanto mas dinero se gaste en ellos, estarán peor montados y habrá mas pobres. Hoy no puede estar la beneficencia pública como estaba cuando San Juan Crisóstomo fundó su grande hospicio, donde se daba alimento y albergue á todo el que iba y le pedía. En nuestro concepto la administracion deberia suprimir lo que se llama Asilo de Mendicidad de San Bernardino variando radicalmente las bases de este establecimiento; y apuntaremos las razones en que nos fundamos.

Ningun asilo de mendicidad ha servido hasta ahora

para hacer desaparecer esta plaga; lo cual se comprende perfectamente atendiendo á que un mal no desaparece porque se le den medios de manifestarse ni porque se le prohíba salir al exterior. Hoy hallamos mendigos en todas partes y no podemos prohibir que se pida limosna, porque jamás habria asilo bastante grande para recoger á todos aquellos á quienes se prohibiese implorar la caridad pública. Es decir, que el asilo de San Bernardino no sirve para el objeto á que con gran celo y caridad fue destinado.

Ni servirá nunca ningun establecimiento de este género; por lo cual ya en todas partes la beneficencia va tomando otro carácter y atacando mas profundamente las causas del pauperismo en vez de detenerse en la superficie y en las esterioridades. El que se ve en la situacion de pedir una limosna para subsistir pertenece á una de dos clases: ó á la de las personas faltas de salud y aquejadas de males incurables ó á la de los sujetos que pueden trabajar. Los hospitales de todas clases deben recoger los primeros, y la beneficencia domiciliaria y las obras públicas deben dar tarea á los segundos. Nosotros destinariamos el asilo de San Bernardino para establecimiento de enseñanza y correccion de los niños abandonados, de los hijos nacidos entre las clases peligrosas y separadas, como debieran serlo por la autoridad, de la atmósfera de vicio y corrupcion en que se crian, para convertirlos en miembros útiles á la sociedad.

En la noche del martes se reunieron en casa del señor Asquerino multitud de literatos, artistas, periodistas, actores y escritores dramáticos para idear los medios de llevar á cabo el pensamiento de la ereccion de un edificio destinado á teatro nacional. Decidióse nombrar una comision que acercándose al gobierno le diera las gracias por haber mandado suspender la subasta del solar de las Vallecas y que dando forma á la idea y proponiendo los medios prácticos de ejecucion, presente un proyecto que pueda en el término mas breve posible ser llevado á cabo. Despues de tomado este acuerdo, la reunion que se prolongó hasta muy entrada la noche, oyó con aplauso magnificas poesías de los señores Palacio, Nuñez de Arce, Alarcon, Correa, Ayala, Pinedo, Aguilera y otros.

En el teatro de Variedades se ha representado una comedia en tres actos del joven don Enrique Gaspar, titulada *Escenas íntimas*. Esta comedia, primera de su autor, se estrenó en Valencia, donde tuvo gran éxito; y en Madrid le ha tenido tambien bastante bueno, aplaudiéndose muchas escenas que abundan en chiste y gracejo.

En el Circo para el beneficio de la apreciable actriz Balbina Valverde se ha estrenado otra comedia con el título de *¡Salir sola!* que no hemos podido aun ver.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

TOLEDO Y LA SEMANA SANTA.

Pocas palabras se encontrarán reunidas que mejor armonicen: la Semana Santa, breve compendio de siete dias que guarda la inmensa historia de la redencion; Toledo, pequeño espacio de seculares ruinas, que encierra la historia de nuestra grandeza cristiana. En la cima del Gólgota alaba entre el estruendo del antiguo mundo que se desplomaba y del último gemido del hombre Dios espirante, el sol esplendoroso del cristianismo; y de las altas rocas que baña el Tajo, salia la santa doctrina, proclamada en los concilios para extenderse vivificadora por toda la España y el mundo cristiano, y allí tambien depuestos los errores de las sectas, alcanzaba la santa religion la unidad católica, el dia en que Recaredo sentándola en su trono y postrándose á sus plantas reconcilió á la España con el cielo, á los pueblos con el soberano.

Muchos son los recuerdos que de la época romana gentilica guarda Toledo, pero si pueden atraer la atencion del arqueólogo por algun tiempo, pronto los oscurecen por completo, los vivos recuerdos del arte español y cristiano, que tan profundas huellas de su paso dejó en la ciudad de los mártires, y que pareció recrearse en escribir dentro de su limitado recinto la historia de su desenvolvimiento con poéticas páginas de piedra. Toledo por todas partes está recordando la cuna del cristianismo español, cuya santa semilla traida por el huracan del Norte, arraigó á las orillas del Tajo, estendiéndose rápidamente sus poderosas raíces por todos los ámbitos de la península: en el ambiente de la corte visigoda respirase un perfume de cristiandad, que emanado de sus monumentos es una constante oracion del arte al Dios que inspiró á los artistas.

Al abrigo de la caduca grandeza romana, levántanse en Toledo los primeros resplandores de la santa doctrina traida desde las Galias por el glorioso Eugenio, discípulo de San Dionisio en la edad inmediata á los apóstoles; y bien pronto difundióse entre los habitantes de la ciudad carpetana la luz del Evangelio, estendiéndose vigorosa en medio de las abominaciones y de la persecucion del

paganismo. La sangre del glorioso fundador, sacrificado en uno de sus viajes á las Galias, de la virgen Leocadia y de otros mártires que dieron su existencia terrena en las orillas del Tajo, fue riego fecundo que hizo brotar en Toledo en no interrumpida serie, eternas flores de virtud, de ciencia y de santidad. Centro de la fe española aquel pueblo creyente, congregados allí por vez primera en el primer año del siglo III, los pastores de la Iglesia española declaraban la fe de Cristo, reformaban la disciplina en aquella primera asamblea, y consiguiendo la abjuracion de los errores en que habian caído algunos obispos de Galicia seducidos por las doctrinas de Prisciliano, los acogia en su seno, la Iglesia toledana como cariñosa madre. Desde entonces, y á pesar de la invasion de los visigodos, la ciudad del Tajo conservó pura y brillante la sagrada creencia, inspirando su le crecienta á sus mismos dominadores, y aunque gime aterrada algun tiempo por los crímenes que mancha la memoria de sus primeros reyes y que no consiguen borrar las victorias de Leovigildo, recobra su perdida calma bajo el cetro de Recaredo, y empieza á robustecer la protegida creencia en aquella serie de ilustres asambleas, cuya gloria guardan los siglos en las actas de los concilios toledanos.

Despues, y «al través de vagas nieblas salpicadas de puntos luminosos van desfilando en torno de la ciudad aquellos recuerdos tan pálidos é indecisos en su historia, aquellas sombras ensangrentadas de reyes asesinados, ó depuestos y despojados de su cabellera dejando inciertos rastros de alabanza y oprobio (1);» pero en medio de tan sangriento cuadro, álzase cual astros de fecunda luz los Eladios, Eugenios, Ildelfonsos y Julianes, que derramando sobre la tierra el bálsamo de sus virtudes, subian á gozar el premio de ellas en el cielo, mientras el arte escribía su historia, en el Monasterio Agaliense, en las basílicas de San Pedro y San Pablo, y Santa Leocadia y en la cátedra de Santa María.

Wamba y su sucesor Ervigio, interrumpen con su grandeza la serie de tristes acontecimientos que dejan tras de sí sus antepasados; pero bien pronto degenerada la raza visigoda, la ciudad cristiana siente el peso de la planta infiel y las lunas del profeta abatiendo el estandarte de la cruz. La creencia sagrada, sin embargo, no se entibia en Toledo. Con el nombre de mozárabes continúa su santa empresa aquella perseverante grey, y al mismo tiempo que lega á la historia los nombres de varones como el cantor Urbano, el arcediano Evancio, el diácono Pedro Pulcro, y los prelados Suniredo, Concordio y Cixila, el arte levanta nuevos templos donde adorar al verdadero Dios, y Santa Justa, San Lúcas, Santa Eulalia, San Márcos, San Sebastian y San Torcuato, lanzan al espacio sus altos chapiteles, y el eco de las campanas del culto católico, ahoga en los minaretes musulmicos la voz de los coránicos muezzines.

Por ventura, adelantada ya la segunda mitad del siglo IX, Dios premiaba la fe invariable de los cristianos toledanos. Alfonso VI abatía para siempre las enseñanzas infieles, y renaciendo desde aquel momento los altos destinos de la metrópoli toledana, en breve arrancado con escésivo pero cristiano celo de la mezquita el culto infiel, estableciase la catedral, que andando el tiempo habia de comenzar para gloria de su nombre el arzobispo don Rodrigo Ximenez de Rada, suntuoso y magnífico templo donde el arte de cuatro centurias ha ido dejando como en álbum sagrado la venerada firma de su grandeza.

Así Toledo ha sido siempre la mas fiel guardadora de la creencia católica en nuestra patria, y cuando al llegar todos los años la Semana, que con razon llamada Santa, evoca en el alma del creyente el imperecedero recuerdo del divino drama de la redencion humana, parece que despierta con la voz de sus campanas los recuerdos de su pasada historia cristiana, y no pueden presenciarse las solemnes ceremonias de este período de nuestros ritos sagrados, dentro del recinto de aquella ciudad, sin que se sienta embargado el espíritu de santo recogimiento sostenido en un sublime éstasis por las poderosas creencias de la fe y de la historia.

¡La Semana Santa! ¡Solemne recuerdo de los hechos mas grandes que la humanidad registra en sus anales! ¡Poético resumen de las grandezas de nuestra santa religion!... Los hombres olvidados de la Omnipotencia Divina, corrian cual impelidos de impetuoso huracan naufragos ya en el revuelto mar de los vicios, de la idolatría y de la impiedad. Tres mil trescientos ochenta y tres años llevaba el mundo de existencia, y en ellos olvidaba la nocion del verdadero Dios, que apenas conservaba un pueblo depositario de las sagradas tradiciones, habia llegado la humanidad al último extremo de su degradacion moral. El Eterno, dolido de la desgracia de su obra predilecta, quiso salvarla, y con divino amor, reedificó el mundo á costa de sus mismos padecimientos, señalando el perdido camino del cielo con la sangrienta huella de su hijo. ¡Misterio grande que eleva el alma y hace inclinar la rodilla y bendecir al Hacedor Supremo! Misterio que encierra nuestra sagrada religion, y que basta por sí solo para conocer toda su inmensa sublimidad.

Horrible es en verdad el espectáculo de un pueblo entero que á voces pide la vida de un hombre; pero el

(1) Cuadrado.

horror llega á un grado imposible de describir, cuando el escogido para victima ha sido enviado del cielo para la salvacion de las que intentan inmolarle; pero así está escrito: deben cumplirse las profecías, y las lágrimas de una madre afligida, los padecimientos del hombre divino, son el santo rescate de la esclavitud eterna de la humanidad.

El recuerdo de este tristísimo acontecimiento, que tan hondamente debió afectar á los primeros cristianos, se ha perpetuado y se perpetuará mientras la humanidad exista, en esta Semana, que generalmente se apellida Santa, y que la Iglesia latina designó con el nombre de Semana Mayor (*Major hebdomada*), nombre que segun el testimonio de San Juan Crisóstomo se le daba tambien entre los griegos. Mas poéticamente y como espresion del sentimiento que inspira á los fieles, la llaman los alemanes *charwoche*, semana de dolores, ó bien *manterwoche*, semana de tormentos.

Las ceremonias católicas de tan solemnes dias, siempre en armonía con el triste drama que recuerdan, llevan al ánimo mas increyente religioso recogimiento, y representan las situaciones todas de aquella trágica y divina historia. Así la bendicion y distribucion de las palmas, ceremonia usada desde el siglo IV ó V, segun las eruditas disquisiciones de Martene, las *tinieblas* evocando la memoria de la oracion de media noche entre los primitivos cristianos, el oficio del Jueves Santo recordando la institucion del Santísimo Sacramento, el del Viernes la terrible soledad de la tierra y de la Madre de Cristo, así como el del Sábado manifestando la cruz regeneradora por las aguas del bautismo, y la alegría de los fieles por la resurreccion, trasportan el espíritu á los verdaderos tiempos en que todas estas escenas tuvieron lugar, y mantienen vivo en los fieles con el amor á Dios el sentimiento de la gratitud, al que conjunto con el Padre no vaciló en tomar la forma y accidentes de la raza humana, para que ella misma se purificase de sus culpas, sin tener que sufrir nada, pues Dios quiso apurar en sí mismo todas los dolores de su hechura querida.

Y si en todas partes donde existan verdaderos creyentes, estos dias producen tan conmovedores sentimientos, en ninguna se comprenden mejor que en la antigua ciudad de los concilios, y bajo las apuntadas bóvedas de su catedral: allí en medio de aquellos pilares fuertes y robustos como la fe de los que los levantaron, ó esbeltos y espirituales que parecen elevarse al cielo como la plegaria del artista, asistiendo á los sagrados ritos, se trasporta el alma á los creyentes siglos de la edad media: rodeados de esculturas y tablas de tres y mas siglos, representando con ruda pero inspiradísima espresion, los mas devotos pasajes de historia cristiana, sintiendo vagar en el ambiente envuelto entre nubes de incienso las sagradas palabras de los Evangelios, ó los himnos severos de la Iglesia al monótono pero grave compás de la música griega, viendo apenas bañado el venerando recinto en la luz ténue y quebrada en tibios colores que penetra por las pintadas vidrieras, el espíritu se alza en intuicion dulcísima, la creencia de otros siglos levanta nuestra apagada creencia, y difícilmente podrá encontrar el alma goces mas puros ni momentos de mas espirituales emociones. Allí la historia, el arte, la religion y el espíritu de Dios en todas partes... La Semana Santa en la catedral de Toledo, es imposible de describir, como todo aquello que pertenece á las regiones del sentimiento.—Y cuando despues fuera de la santa basílica, en medio del silencio mas elocuente la procesion atraviesa las calles lenta, magestuosa, conmovedora, la emocion llega á tal punto, que ahogada la voz en la garganta y secos los ojos, reconcentrada toda la vida física, viviendo únicamente la vida del espíritu, solo tenemos fuerzas para Lendecir á la Providencia que nos ha conservado una ciudad tan llena de recuerdos cristianos, donde pueda el alma gozar las inefables delicias que la memoria de tan solemnes dias despierta en nuestro espíritu.

Nosotros podemos asegurarle por haberlo sentido. Hemos asistido en muchos pueblos de España á las sagradas ceremonias de la Semana Santa, y en ninguna parte hemos experimentado las cristianas emociones de tan solemnes dias, como en aquella ciudad donde la historia y el arte se adunan al sentimiento religioso para sostener con su fuerza poderosa las vacilantes creencias que parece destinado á arrancarnos el siglo en que vivimos. ¡Plegue á Dios que no llegue nunca tan terrible dia! Si fuera posible que tal sucediera, el hombre dejaría de ser hombre y un cataclismo mayor que cuantos nos narran los anales de pasados siglos, cambiara por completo la faz del mundo.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

LA MUERTE DE JESUS.

I.

Confusa, airada, espesa muchedumbre del Gólgota en la falda serpentea, á tiempo que padecen en la cumbre muerte de cruz tres hombres de Judea.

Plebe inquieta, cohorte de tiranos,
y ella á su vez salvaje tiran a,
anima á los verdugos inhumanos
y goza del Calvario en la agonía.

Torpe algazara, estúpidos cantares
lleva la turba en su embriaguez funesta:
taller desierto, abandonados lares,
todo en Jerusalem soberbia fiesta.

¿Qué amor convida á devorar la lucha
del triste que entre angustias deja el mundo?
¿Qué rencor puede tanto, que no escucha
con respeto el adios de un moribundo?

Y ¿quién muere en la cruz! ¿A quién la plebe
aulla silba, escupe y crucifica!
¿Quién con la sangre de su rostro bebe
la hiel mezclada que el sayon le aplica!

No es Barrabás de la comarca espanto;
no es un tirano que á su pueblo azota:
es el Justo que al hombre quiere tanto,
que da por él su sangre gota á gota.

II.

—Rey de judíos se nombra:
Suplicio de cruz merece.

—Pilatos que le condena
por rey del pueblo le tiene.

—Mas le ha condenado.—A tanto
obliga feroz la plebe;
mas él á toda conciencia
nos le dió por inocente.

—Y ¿qué leyenda le han puesto
que alza tantos pareceres?

—Jesus rey de los judíos:
rey es nuestro el que aquí muere.

—¿Hay otro dueño que César?

—Es misterio que no entiendes:
en tu cuerpo manda César,
mas en tu espíritu... Ese.

—Yo no acato á ningún hombre
si no sé de dónde viene.

—Tal vez viene de muy alto
aunque nació en un pesebre.

A los pechos de su madre
intentan ya darle muerte,
y es aun niño y en el templo
á los doctores suspende.

—Mas temerario concita
á nuevo culto á las gentes.

—Al César lo que es del César
Jesus ha dejado siempre.

—Anas, Caifas y Pilatos,
le toman como rebelde:
corona y cetro de escarnio
hánle puesto en mano y sienes.

—¿No dicen Lázaro vivo,
Magdalena penitente,
Iscariote despechado,
y vacilantes los jueces,
que ese Hombre que tanto vale
morir en la cruz no debe?

—Sus milagros he tenido
por consejos de las gentes.
Si á Malco volvió la oreja
y aumentó panes y peces,
¿por qué su poder no emplea
en salvarse de la muerte?

—¿Y si El la muerte buscara
en testimonio solemne
de su amor inextinguible
y tu dureza insolente?

¿Y si El viniera á este mundo
para morir de esa suerte
y porque hoy del sacrificio
la vida nueva saliese?

—¿Habla en la cruz! ¿Le has oído?

—¿Que El por sus verdugos ruegue!
Ha dicho: «Padre, perdónalos;
que ellos lo que hacen no entienden.»

—Amor el reo me inspira
—Horror me inspira la plebe.
¿Ella goza en sus tormentos,
y El por salvarla perece!

—Lágrimas tiene en los ojos
Dimas, y á Jesus se vuelve.

—Jesus habla: «Hoy en el cielo
estarás, pues te arrepientes.»
¿Salvase Dimas! Entonces
¿cuánto las lágrimas pueden?

—Amargas las derramaba
Jesus allá del torrente,
al Dios ignoto rogando
por todos los que padecen.

De lejos le vi, y á Judas
darle el beso en que le vende,
y al buen Jesus entregarse
á los soldados inermes.

—Su juventud y su calma
y su dolor me conmueven:
nunca el crimen ha tenido
aquel semblante que El tiene.

—Mirando á Gestas y á Cristo,

¿quién en entrambos no lee
en el uno lo culpado
y en el otro lo inocente?

—Ahora habla á Juan y á María:
alto misterio comprende:
dice á Juan: «Esa es tu madre;»
y á María: «Tu hijo es ese.»

—De todo el linaje humano
que se despide parece:
hijos nombra de María
á todos si en Jesus créen.

—Ya va la color perdiendo,
ya mas y mas palidece,
ya pies y manos rasgadas
en la cruz no le sostienen.

¿Cuánto sufre el infelice!
¿cuánto sufre! ¿cuánto muere!

—Al cielo sus ojos alza:
abrirlos apenas puede.
«¿Así me abandonas? (dice),
Sostenme en la cruz, sostenme»

—El cielo su luz nos niega,
la bóveda se oscurece:
ese hombre es hijo del cielo.
¿A quién hemos dado muerte!

—¿Hásle oído? «Tengo sed,»
dice con acento feble.
¿El que pudiera secar
del Cedron todo el torrente,
ó desatar del Olimpo
las cataratas, sed tiene!

—Esponja de amargo aceto
le escancia el sayon aleve.
¿De su pasión cómo apura
el cáliz hasta las heces!

—«Todo está ya consumado,»
él lo ha dicho: ya la muerte
le va cerrando los párpados,
le roba el aliento tenue,
le postra el valiente esfuerzo
y en torno suyo se cierne:

—«A tus manos,
Padre, mi espíritu vuelve,»
cuando el ángel del dolor
le toca en la yerta frente;
y el ángel custodio en lágrimas
moja su cándida veste;

—«El ángel, que es de lo eterno
símbolo y á todos vence,
en vaso de ágata encierra
el alma y vuela y se pierde;
y el ángel de las tormentas
concítalas de repente;

—ruje de sus entrañas
la tierra convulsa y teine;
y brota la nube rayos
que el lóbrego espacio encienden;
y de su asiento se escapan
las rocas inmóviles siempre;

—y á los muertos que oprímian
de sí las tumbas repelen;
y el velo del templo rásgase;
y todo el sol se oscurece;
y huyen buscando un asilo
despavoridas las gentes.

—y brota la nube rayos
que el lóbrego espacio encienden;
y de su asiento se escapan
las rocas inmóviles siempre;

—y á los muertos que oprímian
de sí las tumbas repelen;
y el velo del templo rásgase;
y todo el sol se oscurece;
y huyen buscando un asilo
despavoridas las gentes.

—y brota la nube rayos
que el lóbrego espacio encienden;
y de su asiento se escapan
las rocas inmóviles siempre;

III.

¿Murió! clavado al afrentoso leño
su cuerpo exangüe desgarrado pende:
¿El, del cielo y la tierra augusto dueño,
la vía del Calvario humilde emprende.

El, cuya muerte los turbados mares
lloran, chocando sus revueltas ondas,
que apaga los celestes lumináres
y ayes arranca á las cavernas hondas;

El, á cuyo estertor vacila el monte
desde su vasto secular cimiento,
y se enluta y se enciende el horizonte,
y brama en confusión todo elemento;

El, cuya alma inmortal do quiera late,
y del átomo al sol, vive escondida;
El, en quien ser no vive que no acate
al autor de su esencia y de su vida;

El, que anima la flor que el campo esmalta,
y da á los astros lumbre y derrotero;
por quien la fuente de su lecho salta,
y el mar se agita en su eternal linderó;

El, que, del Chimborazo al verde llano,
del cedro altivo al musgo tembloroso,
del águila caudal al vil gusano,
crea, guarda, aniquila poderoso...

El, á morir al Gólgota ha venido
por su sola rebelde criatura
que todo un mar del cielo desprendido
aun no dejó de iniquidades pura!

¿Ha muerto un Dios! la tierra se estremece
y contra el hombre ruje ya indignada:
sus fauces á tragarlo abrir parece,
para tornar, sin Dios, todo á la nada.

Rayos la nube del preñado seno
lanza contra Salen despavorida:

Dios habla al mundo con la voz del trueno;
amaga el caos estinguir la vida.

Mas cuando ya sus sombras avalanza,
un rayo envía el sol que la cruz hiere:
llora al pie una mujer que es la esperanza,
y Dios da vida al mundo cuando El muere.

GERÓNIMO BORAO.

Zaragoza, 4, febrero de 1864.

LA SEMANA SANTA EN BOGOTÁ.

RECUERDOS DE UN VIAJE Á AMÉRICA POR UN EMIGRADO,
Y ESCRITOS AL VAPOR.

I.

Haciendo rumbo hácia el Sur por el mar de las Antillas, descubrimos por fin las primeras costas del Nuevo continente, erizadas de altísimas montañas, y cuya línea parda ó verdinegra á veces, envuelta siempre en nebulosas brumas, aparecía como sobrepuesta muchos metros á la superficie de las aguas; ilusión óptica que iba desapareciendo en parte, á medida que se aproximaba el buque á la costa.

—«¡Tierra, tierra!» gritó la tripulación entusiasmada: yo tambien asocié mi voz á la de aquellos hombres, porque en verdad el descubrimiento del continente, sobre todo, despues de una navegacion larga y penosa, es siempre un grato acontecimiento que se saluda con júbilo.

—«¡Tierra, tierra!» grité á mi vez tambien, echando mi catalejo y consultando luego, acaso por la centésima vez, la carta del derrotero marítimo, sobre la cual habia pasado, inclinada la vista, veladas y noches enteras, y aun días tambien de ansiedad é incertidumbre, crueles como la misma duda.

Aquella tierra de promision que veíamos, que tocábamos ya casi tan de cerca, era Colombia, precisamente la misma á donde dirigiamos nuestro rumbo, y á cuyas playas hospitalarias nos impelían esperanzas risueñas y hasta un impulso de curiosidad legítimamente fundada. Hubo, pues, quien llegó á verter lágrimas de gozo.

Desembarcamos en Cartagena, hermosa ciudad del departamento de la Magdalena, y la primera plaza estratégica de Nueva-Granada, y aun tambien de la Confederación colombiana, y uno de los mas hermosos puertos de América.

En esta ciudad hospitalaria, á donde llegamos precisamente por el tiempo de la Cuaresma, fue donde oímos ponderar de un modo extraordinario las célebres funciones que durante ella tienen efecto en Quito, en Santa Fe de Bogotá, Popayan y otras poblaciones principales de la República, las cuales suelen agotar en competencia sus recursos, su entusiasmo religioso y su fe, ó mejor dicho, su amor propio, por obtener un lujo pueril de preferencia.

Tan curiosos eran esos detalles, tanto atractivo y tanta exageracion encerraban en boca de aquellas gentes, que despertaron mi curiosidad por verlos, y me decidieron á internarme en el continente, en direccion á cualquiera de las tres referidas ciudades, con la conveniente oportunidad, á fin de llegar antes del domingo de Ramos.

Ante todo tuve el tiempo suficiente para ver el Chimborazo, el Mont-Blanc de América, mucho mas elevado y pintoresco que el de Europa, y cuyo efecto sobre el paisaje presenta uno de los mas bellos panoramas tal vez del universo.

Sobre todo, el efecto es todavia mas poético, si cabe, en las últimas horas de la tarde, cuando los postreros rayos del sol poniente reverberan en las nevadas cumbres con sus penachos brillantados, como puntas de diamante perdidas en las brumas vespertinas que decoran el espacio con sus nieblas diáfanas.

Luego el pintoresco valle de Guayaquil estiéndese como una vasta sábana florida entre montañas sombreadas por bosques vírgenes, entre ondulantes colinas, escalonadas por el Norte hasta la Polvorosa, cuya dentada cúspide piérdese entre arenales enormes, caldeados por un sol ardiente.

Por fin, despues de un rodeo considerable que nos costó algunos días, pudimos llegar á Quito, capital de la República, la ciudad de los conventos y de las iglesias, la ciudad santa por excelencia, cuyos templos revestidos interiormente de plata, oro y mosaicos, ostentan un lujo de ornamentacion soberbio, cuyas lámparas y candelabros riquísimos cuajados de esmeraldas con cinceladuras é incrustaciones magníficas, hacen de cada uno de aquellos innumerables objetos un portento artístico de un valor fabuloso.

II.

Descrito ya otras veces el fastuoso ceremonial de la Semana Santa en Roma, ha dejado de inspirar parte de esa mágica importancia que en un principio obtuvo una novedad tan grandiosa, destinada á enaltecer los mas sorprendentes misterios de una religion, en la cual todo es grande y sublime como ella misma. Y sin embargo, difiere tanto la forma de la propia solemnidad

en Colombia, que á pesar de todo, su narracion aparecerá indudablemente como una novedad en su género, como una curiosidad escéntrica, digna de referirse.

Disgustos políticos producidos por las últimas elecciones municipales á consecuencia de esa eterna rivalidad

de las razas, tan sumamente pronunciada, habian entibiado en Quito el entusiasmo religioso que suele rayar en delirio, creando una competencia frenética entre las hermandades y las comunidades clericales, en las solemnidades mas fastuosas, y especialmente en el cere-

monial de la Semana Santa: habíanse tomado precauciones militares, y el supremo gobierno, en uso de sus prerogativas constitucionales, tomaba formas dictatoriales, vigilando cuidadosamente el órden que felizmente no llegó á alterarse, merced á la prudente actitud del



VISTA DE LA TORRE DE LA CATEDRAL DE TOLEDO, TOMADA DE LA CALLE ANCHA.

clero, cuya poderosa influencia abstuvo no obstante por entonces de desplegar esos soberanos recursos que suelen bastar á veces á crear una revolucion radical en algunas repúblicas americanas.

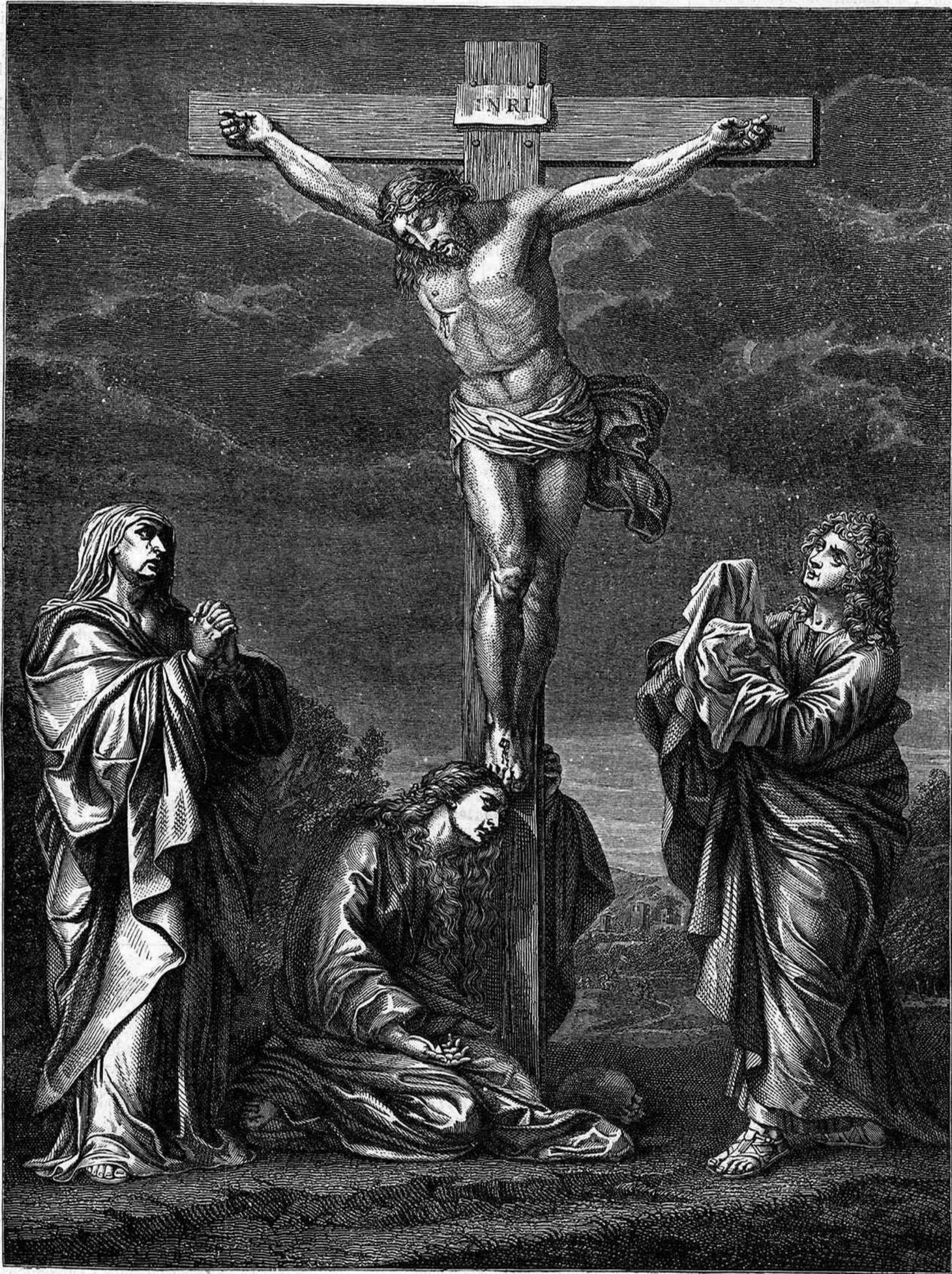
Resolví, pues, salir de Quito y me dirigí con mis compañeros á la inmediata ciudad de Santa Fe de Bogotá,

y lo verificamos por Popayan y la Plata, atravesando el hermoso valle de la Magdalena, tan interesante por lo menos como el de Chamounix en Saboya, con sus vistosas praderas de una vegetacion alpestre y sus nieves eternas petrificadas por los siglos.

Por fin, conseguimos llegar á Bogotá, que se desple-

gaba á nuestra vista en una posicion deliciosa sobre una vasta llanura fértil y al pie de una cordillera altísima que ciñe la vega por el Este.

Entramos en la ciudad por la de tarde, entre una cuádruple hilera de sáuces y abedules, y en medio de una turbulenta multitud de gente de buen porte de todas



LA MUERTE DE JESUS, POR GUIDO DE RENI.

edades y sexos que paseaba por las avenidas, amenizado aquel bullicioso cuadro por las músicas de la guarnición que tocaba aires militares.

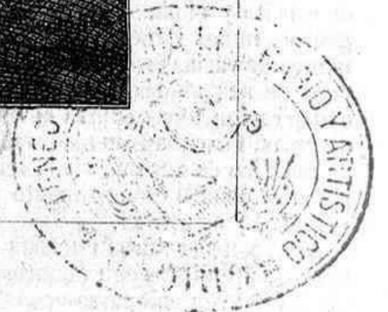
Autoridades, individuos del clero, menestrales, artesanos y obreros y de la clase acomodada, todas las graduaciones gerárquicas de la ciudad, todas las condiciones, en fin, hallábanse allí representadas, y pude juzgar ventajosamente en aquella tarde misma, por la primera impresión, grata y lisonjera por cierto, de aquella sociedad placentera que bullía allí tan inofensiva y pacífica, tan digna y obsequiosa para con el viajero, y de

cuya hospitalidad y prendas morales iba á juzgar bien presto. Lo digo con orgullo y complacencia: el buen concepto que á primera vista empezaba á formar de los habitantes de Bogotá, no llegó á desmentirse luego en lo más mínimo; generosidad, sencillez moral, cultura y nobleza de proceder: tales son las principales dotes que brillan generalmente á porfía en todas sus clases, sin que á mi ver pueda echárseles en cara otra falta que la indolencia, esa plaga característica de los americanos, y que con marcadas escepciones forma su tipo clásico: en cambio sus mujeres, hermosas, coquetas y

parlanchinas, son las mayores fumadoras que he visto en todo el nuevo hemisferio.

III.

La fama de las procesiones de la Semana Santa inmediata, iba atrayendo, á medida que se acercaba ésta, numerosas romerías y caravanas de todos los puntos de la federación, y hasta llegué á ver entrar nariias flotantes, conduciendo caprichosos nobles de ambos sexos, procedentes nada menos que de la Siberia, con objeto



de ganar el jubileo por medio de aquella penosa y devota romería de algunos meses y en hombros de pobres siervos; en lo cual ofrecíaseles á la vez también ocasion de hacer pública ostentacion de su soberbio lujo insultante.

Pero al lado de la rumbosa hidalguía de aquellas gentes agasajadoras siempre, del donaire de aquellas hermosas damas con su séquito de asendereados esclavos negros que os saludan, enviándoos con ambas manos dobles parabienes con una fina amabilidad que encanta, sin quitar jamás para ello y ni aun para hablar en ese idioma español tan gracioso que solo ellas pronuncian con una acentuacion divina, el humeante habano de su boca; cuya dentadura no siempre blanca muestran solo por un lado con una admirable coquetería que únicamente es peculiar de las colombianas... al lado, pues, de esas y otras circunstancias naturalmente apreciables para el viajero, no deja de sorprender el número considerable de haraganes que os asedian importunándoos por doquier y especialmente en los parajes públicos, mostrándoos algun cuadro místico grotescamente pintado, que os obligan á besar, *vellis nollis*, agitando una campanilla y pronunciando en un tono lúgubre las palabras fatídicas: «¡limosna para los difuntos del año!»

Y mientras tanto, á trueque de aquel ósculo y de un número convencional de indulgencias que suele guardar proporcion con la cuantía de la limosna y no de la intencion con que se da, os sacan el dinero con la mayor compuncion y urbanidad, despidiéndoos con un lisonjero saludo, compendioso y breve, porque el tiempo urge y es necesario continuar la buena obra como dicen, explotando la candidez de los incautos á costa de su bolsillo, contra el cual amenaza siempre una conspiracion constante y un asalto perdurable por cualquier punto que viajeis.

IV.

Mientras tanto aproximábase la Semana Santa.

Era llegada ya la de Pasion, y empezábase á notar ya en la ciudad cierta trasformacion progresiva que hacia cambiar su alegre aspecto, restituyéndola su verdadero carácter severo, religioso, melancólico y grande como la misteriosa época en que entraba. Cerrábase las tabernas, los circos gallísticos y los demás establecimientos de azar y pasatiempo, las corridas de yeguas salvajes se interrumpian hasta pasada la Pascua... en fin, los numerosos cofrades de las hermandades lucian ya su escapulario negro con atributos místicos pendiente á la espalda, y recorrían por la noche por turno riguroso y á casa-hita los respectivos barrios, mendigando la colecta para costear los cirios en las funciones próximas.

La víspera del domingo de Ramos, ó sea el que suele llamarse sábado de Lázaro, permite la costumbre el último destello de expansion á aquel pueblo singular y extraño, si bien encerrándola en un círculo de moderacion prudente: las señoras vuelven á presentarse en los paseos con la saya ó guardapiés de raso negro con enormes franjas en la orla de la falda, corta y airosa; su finísimo manto de paño ligero azul zafiro cortado en forma de monjil; sombrero de fieltro á veces y zapato andaluz en la clase rica sobre media blanca, porque las damas del pueblo andan descalzas por un decreto consuetudinario de la moda y costumbre que divide las clases en casi todos los pueblos de América.

Los hombres vestían el traje nacional con bombones, chorrillos y caireles, y á caballo ó á pie, llevaban su capotillo ó manta de seda adamascada ó bien de lana con cuadros, dibujos y borlones, terciándola al hombro con pretensiones de galantería, semejante en cierto modo á la clámide romana antigua. Algunos clérigos paseaban también, haciendo gala de sus manteos lustrosos y sus exagerados sombreros pastorales de anchas alas, como los antiguos monges basilios.

Beatas con sus escapularios y anudados cíngulos pendientes del costado izquierdo y medio cubierto coquetamente el rostro con sus velos blancos, hermosas negras de esbelto y cimbreado talle lujosamente vestidas, negrillos, indios y mestizos con sus variados trajes, hermanos de varias órdenes mendicantes, agoviados bajo el peso de sus alforjas, esos agentes importunos de una conspiracion tenaz contra el dinero, y otras mil clases diversas, formaban un abigarrado conjunto, una especie de mosaico en accion, vivo, animado que venia á completar el cuadro esencialmente pintoresco por su misma variedad y extrañeza.

Al anochecer hubo cucañas y carreras pedestres de negros, premiadas con cuantiosas apuestas, al paso que una numerosa comparsa ecuestre de cazadores de ciervos y llamas, indios de pura raza, recorría las calles, para despejarlas de la muchedumbre que se retiraba en tropel hacia la plaza de San Victoriano donde se disparaba un juego de fuegos artificiales, llamados *palmertas*, en que debía quedar lucida la habilidad de unos jóvenes *pampas* recién llegados de Méjico.

Esta fue la última escena del cuadro por entonces: las campanas de los doce conventos y las de la catedral repicaron el toque de ánimas; grupos de penitentes recorrían de nuevo las calles, murmurando preces en voz baja, como una salmodia lúgubre, y despues de todo, cuando quedó la ciudad desierta, oyóse al través del silencio de la noche una explosion sonora que hizo con-

mover la misma y que era la señal de la conclusion de aquel grotesco carnaval de un dia.

V.

Al siguiente domingo de Ramos empezaron las ceremonias de la Semana Santa, desplegándose un grande entusiasmo, mucho mayor aun que los años anteriores, al decir de los naturales.

Al amanecer y al son de un destemplado pífano, un grupo de hombres disfrazados con vestas ó basquiñas blancas con cola, y en cuya cabeza alzábase un capuz de forma cilíndrica piramidal de dos metros de altura, salió á recorrer las calles, acompañado de un numeroso séquito que entonaba á media voz un cántico ininteligible y soñoliento.

Deteniase aquel concurso á la puerta de algunos templos, tales como la Catedral, Guadalupe, Santa Clara, San Francisco, San Juan de Dios, Santo Domingo, etc., y allí entonaba motetes que el pífano acompañaba con acompasados arpejos. Una escolta de serenos armados daba la guardia á aquella extraña procesion de fantasmas que se retiraba al toque del alba, despues de haber conseguido su objeto de despertar al prójimo y obligarle á saltar del lecho.

Luego, entrado ya el dia y en hora competente, fuí á ver la bendicion de las palmas en San Juan de Dios, cuyos religiosos habian hecho extraordinarios aprestos, con el fin de lucirse, segun decian, en la ceremonia, sobre todas las demás iglesias de Bogotá.

El templo estaba lleno de gente y presentaba un golpe de vista magnífico: el clero, que era numeroso, los paisanos, hombres, mujeres y niños, llevaban indistintamente cirios, palmas, cañas y pilos de bananos revestidos de murta y olorosas yerbas y rematados por ramos piramidales de flores. Como el concurso era tan grande, no pude entrar en la iglesia, y aguardé la salida de la procesion que no se hizo esperar mucho tiempo, entre el estrépito de las campanas, el canto de los sacerdotes y el clamoreo de los grupos de paisanaje que obstruía las calles por donde pasaba el concurso y que gritaban: ¡*Hosanna, hosanna!* sin entender su significado acaso.

Pero lo mas extraño era ver un gran Crucifijo que dos adláteres, vestidos de violado, sostenían sobre un jumento ricamente encapazonado, y que hallaba un suelo alfombrado con los mas lujosos paños de seda y pieles que los buenos vecinos habian tenido la ocurrencia de estender á porfia.

De esta suerte pretendíase imitar la triunfal entrada del Salvador en Jerusalem, y no hay duda que descartada la parte grotesca que pudiera tener esta ceremonia, encerraba al propio tiempo una devota reminiscencia que conmovia el corazón de los creyentes.

Terminada la procesion, el asno fue desembarazado de su carga á la misma puerta del templo, y entregado á los cofrades del *Prendimiento*, que esperaban vestidos de ceremonia, con su mayordomo al frente, muy serio y visiblemente poseido de la importancia de sus funciones.

Aquellos hombres se apoderaron del animal, tan venturoso en aquel dia, que á su presencia hincaba las rodillas el gentío y lo colmaba de abrazos y besos.

Despues fue conducido el animal casi en brazos, por las principales calles y plazas, entre los gritos de la muchedumbre, y precedido todo el gentío de un hombre vestido de encarnado, que tocaba apresuradamente una caja, profiriendo á la vez destemplados gritos, que solía escuchar el público en medio de un silencio profundo.

Era el pregonero de la hermandad, que anunciaba la piadosa rifa del jumento, y en la cual tomaba parte un número fabuloso de imponentes; así que el producto de la feliz alimaha pudo ascender á la enorme suma de 710 pesos fuertes, que acrecieron considerablemente el tesoro de la cofradía. El agraciado con la suerte fue un criollo de la Martinica, rico propietario de varias plantaciones, recién establecido en el país, y el cual lo cedió generosamente al hospital de Popayan.

La ceremonia de aquel dia terminó con el sorteo de ramos benditos que los muchachos se disputaban á pescozones, sacudiéndose de lo lindo.

Por la noche otra procesion mucho mas lucida recorría la carrera de ceremonia, marcada de antemano por el orden siguiente:

Dos personajes disfrazados con largos ropajes, y que dicen representaban á San Juan Evangelista y á Santa María Magdalena, seguidos de algunos hombres enmascarados con antifaces y cubiertos de altísimos capuces, abrían la marcha. Llevaban una especie de instrumentos músicos compuestos de triángulos de hierro, que hacían sonar con ambas manos al compás de un recitado lúgubre, á que contestaba el concurso en un tono regañon y soñoliento: un grupo de ángeles, con sus enormes alas plegadas á la espalda, seguía á los enmascarados, y una multitud de señores principales cerraba aquella primera seccion, que seguía avanzando con grave lentitud entre dos series de devotos, provistos como ella de grandes cirios encendidos.

El segundo cuerpo de la procesion, que un peloton de guardias fúnebres separaba del primero, componíase de otro grupo de figuras con capuces, llamadas *maniquies*,

vestidas de negro y armadas de largos espadones, y una de las cuales parecía representar á San Pedro. A entrambos lados iba el gremio de barberos de la ciudad, vestidos únicamente de capuz de forma aplanada y de un simple calzon, en cuerpo de camisa y descalzos de pie y pierna.

Caminaban de dos en dos, y en la misma forma sostenían y agitaban unos braserillos de plaqué, de azófar y de plata, en forma de incensarios. Detrás seguía un número considerable de andas doradas y profusamente recargadas de luces, y sobre ellas iban las efigies ricamente vestidas de la Virgen, de la Samaritana, de la Verónica, de los Apóstoles y otros muchos santos y personajes históricos de la Pasion de Cristo, entre los cuales sobresalía la del divino Nazareno con la cruz acuestas, que *don Simon Cireneo*, como le llamaban los bogotenses, figuraba ayudar á sostener con ambas manos, y en una actitud poco conveniente por cierto. El efecto de este grupo era bien pobre por la falta de verdad que allí habia, pues el tal Cireneo por lo menos aparecía en un traje tan ridículo, que revelaba un repugnante anacronismo histórico con su sombrero gacho y su exagerada gola de encages que parecía ahogarle. Una porcion de indios conducía en hombros y por turno esta especie de carro, cubierto de paños de damascos con franjas de plata, y en torno del cual la comunidad de San Francisco desplegábase en semicírculo, precediendo á un numeroso séquito de cofradías, hombres, mujeres y funcionarios públicos, con cirios amarillos encendidos y arrastrando cintas negras en señal de luto.

Pero lo mas chocante que allí se veía, y que contrastaba á primera vista con la tétrica languidez del cuadro, era el último *paso* de la procesion, en el cual iban las tres Marias espléndidamente vestidas de recamado azul celeste con bordaduras de plata y oro, y entre las cuales sobresalía la imagen que representaba á la Virgen de los Dolores con su precioso manto de terciopelo bordado de estrellas y su corona de oro y diamantes. El jefe de policía, las autoridades superiores de la ciudad y las eminencias del clero y de los conventos, daban escolta á este *paso*, llevando cirios verdes encendidos, y detrás del mismo una compañía de tropa vestida de gala y con armas á la funerala, seguía marcando paso de ordenanza delante de un escuadron de dragones de la guardia montada, con los caballos enlutados conducidos del diestro por palafreneros mulatos.

El concurso procesional terminaba, en fin, con una confusion de gente de todas clases, condiciones y edades, que seguía á cierta distancia al piquete, agitándose en una tumultuosa algarabía que en vano trataba de acallar el látigo de los alguaciles y ministriles ordenadores de la procesion; contraste mucho mas notable con el orden y compostura que guardara el resto á cargo de los religiosos de San Francisco, que de trecho en trecho vigilaban las filas, y cuya comunidad gozaba cierta consideracion é influencia.

La funcion terminó como en la noche anterior, con la colecta de costumbre y con el grito lastimero y doliente de las cofradías que recorrían las calles haciendo sonar campanillas, sonajas y matracas á porfia.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

ANUARIO PERPETUO DE FLORICULTURA.

MARZO.

Eolo, desencadenando los vientos, hace crugir la tormenta, y los furiosos aguilonos recorren con rapidez instantánea dilatadas campiñas, dejando muchas veces tristemente marcadas las destructoras huellas de su ruda impetuosidad. Los árboles viejos y los que no están suficientemente asegurados al terreno por gruesas y abundantes raíces, son arrollados furiosamente por la prodigiosa fuerza de estos terribles vendavales.

Los campos se cubren de aquellos fúnebres despojos que á su vez muriendo, sirven para dar la vida á una nueva generacion, que brotando llena de vigor y lozanía, se apresura con incansable afán á poblar el espacio de nuevos individuos.

Esos corpulentos y carcomidos troncos, roídos por los años y las injurias del tiempo, esas frondosas ramas desgajadas, esa multitud de hojas de caprichosas formas, vistoso y elegante vestido del vegetal, esa humilde mata que sirve de juguete al viento, esa infinita creacion de numerosas legiones de imperceptibles insectos, que nace y muere con el sol de un dia, todos esos restos, en fin de órganos sin organizacion, son los que sirven para alimentar á las nuevas plantas, constituyendo esa capa de *humus* ó mantillo, que es la esencia de la tierra vegetal.

Hoy, dia 20, entra el sol en el signo de *Aries*, y el mes de marzo se desliza al través de rápidas variaciones atmosféricas.

Durante la estancia del sol en dicho signo, esto es, hasta 19 de abril, el dia crece una hora y veinte y un minutos. Desde 29 de febrero hasta 31 de marzo, el dia aumenta una hora y veinte y tres minutos, cincuenta minutos por las mañanas, y treinta y tres por las tardes.

El dia 1.º ilumina y calienta el sol nuestro horizonte por espacio de once horas y diez y ocho minutos, y pasa

por el *meridiano* á las doce horas, doce minutos y veinte y nueve segundos. El día 15, ya son once horas y cincuenta y cinco minutos los que disfrutamos de los beneficios de este astro, el cual pasa por el *meridiano* á las doce horas, ocho minutos y cincuenta y nueve segundos. Y el 31 del mes vivifica la tierra con sus rayos doce horas y treinta y nueve minutos, pasando por el *meridiano* á las doce horas, cuatro minutos y siete segundos. En este mes se verifica el primer *equinoccio*, y así observareis que el día 17 sale el sol á las seis y nueve minutos de la mañana y se pone á las seis y nueve minutos de la tarde, resultando de aquí doce horas justas de plena luz solar, y de una hora y veinte y siete minutos á una hora y treinta y ocho minutos de luz crepuscular, según las diferentes *latitudes* y según también el sitio más ó menos elevado, llanura, valle ó montaña en que habiteis.

Allá, á lo lejos, en medio de la solitaria arboleda se oye el canto del cuco y la abubilla, cuyo quejido monótono y lastimero se mezcla y armoniza con el zumbido del viento; mas no desdeñeis este tristísimo canto porque nos anuncia una precoz y templada primavera.

El cielo descorre su inmenso cortinaje blanquecino; las nubes no pasan con tanta velocidad ante nuestra vista, una capa aborregada ha sustituido á esas grandes masas informes que tacionaban el firmamento, y un imperceptible cefirillo comienza á soplar suavemente como preludio de la próxima lluvia que ha de fecundizar los campos.

La naturaleza nos prepara insensiblemente el espectáculo mas risueño y mas grandioso.

Estamos á 20 de marzo: ¡hoy á las siete y cincuenta y seis minutos de la mañana, en medio de un alborozo universal, se abren las floridas puertas de la encantadora primavera! ¡No hay ser en la creación que pueda hacerse indiferente á esta espléndida y galana función de la naturaleza, para la cual se atavía con toda la deslumbrante variedad de sus galas, y se apresura á lucir sus vistosos colores en el gran festín de la creación!...

El aterido invierno huye despavorido á ocultarse vergonzosamente en el último rincón del Polo; pero al abandonar la seductora perspectiva de un cuadro tan animado y risueño, suele detener su precipitada fuga, y volver para contemplarlo y gozarlo, y no pudiéndolo disfrutar, lo arrasa y destruye con su aliento helado, matando los tiernos brotes y los finísimos pétalos y demás órganos florales que aun no tienen la suficiente fuerza para resistirle.

Mas ya que ha sido vencido y espulsado, deteneos un momento á contemplar esas infinitas maravillas de la creación, con las cuales impresionada vuestra mente, si ha de gozar de tanta belleza, las tendrá que organizar, buscando tipos que le sirvan de guía para encontrar después los parecidos que mas se les asemejen, estableciendo á su vez comparaciones y diferencias, y del conjunto de estos objetos esparcidos aquí y allá formar una clasificación á su manera.

Mas en el inmenso círculo de la creación es muy difícil señalar dónde se reúnen y sueldan el principio con el fin de esta inmensa y mágica cadena; los individuos de las especies superiores que á la simple vista son tan semejantes, cuando se desciende á los últimos eslabones, ó son enteramente iguales ó se confunden, y el hombre en la imperfección de sus sistemas artificiales no les puede señalar un sitio verdadero y estable.

Hemos llegado á la risueña época de la embalsamada primavera; los valles y montañas se empradizan de multitud de yerbas, y al brotar sus flores, producen un bellísimo contraste con la desigualdad del terreno y lo caprichoso de su forma y colorido.

Los vientos y el calor natural de la atmósfera, deshacen las nieves de las montañas, que cayendo de peñasco en peñasco quiebran en sutiles hilos sus cristalinaguardas, y ora producen una aterradora cascada, dando un enorme salto perpendicular, ora atraviesan por los intersticios de las rocas, y sepultándose en el abismo van á salir en el fondo del lejano valle produciendo un trasparente arroyuelo. Por esta razón los ríos aumentan el caudal de sus aguas, y al salir de madre, rompen con desenfrenada furia los diques que les aprisionaban, y arrastran en su impetuosa corriente árboles, barcas y piedras.

La templada y benéfica primavera nos proporciona la vegetación mas lozana, y así, visitando los campos y florestas, vemos erguidas de esplendor todas las numerosas y variadas clases de plantas cubiertas de los adornos mas seductores: á cada instante y de un día para otro, vemos brotar inmensidad de capullos, que esparcen por el viento un sutil y agradable aroma.

Los almendros siguen cubriéndose de flores, antes de haber brotado las hojas, porque sus yemas florales ya preparadas desde el año anterior, se han desarrollado por completo en esta época. La pomposa fotinia, el lindo manzano de flor doble, el albaricoque y el melocoton, son los primeros que florecen en este mes.

Los *ranunculos* ó *francesillas*, *anemonas*, *bretañas*, *junquillos* y demás cebollas, lucen sus esbeltos tallos florales.

¡Goza con ese éstasis de la naturaleza y participad de ese vago rumor que inunda la atmósfera, surca los ríos y mares, se interna en las entrañas de la tierra y penetra suavemente en la economía animal, vivifica la sangre y exalta las nobles pasiones!...

El reptil que vimos durante la época del invierno, enroscado en su madriguera y casi sin vida, inofensivo é indefenso, le contemplamos ahora arrastrándose lentamente al través de la tupida yerba y preparándose para dar caza á algun incauto é inocente animal, al cual instantáneamente devora. Su piel rugosa y deslustrada ha caído, y la nueva va adquiriendo una tersura y un brillo resplandeciente; la sangre de sus arterias que apenas se sentía ondular, ahora circula y anima con energía su cuerpo entumecido.

Toda la creación se transforma sorprendentemente.

La voz de los animales parece que se hace mas sonora, su pelo se alisa y pone reluciente, el macho busca con ardoroso afán á la hembra de su especie, y los combates llegan á ser muy terribles por obtener una amorosa preferencia.

La multitud de aves que pueblan el espacio se reúne en numerosos coros, y con sus arpadadas lenguas entona prolongados y armoniosos himnos al delicioso advenimiento de la primavera. Un cielo puro, diáfano y sereno, cubre con su estensa bóveda la perfumada sala del festín. Un sol resplandeciente quiebra sus rayos sobre una matizada alfombra de verdura, y llena de animación y vida este cuadro encantador.

En nuestros jardines florecen la primavera comun, *primula elatior*; la oreja de oso, *primula auricula*; la primavera de Palinuro, *primula Palinuri*; el lirio de Persia, *iris persica*; el lirio enano, *iris pumida*; la adonis de primavera, *adonis vernalis*; la anémoma ranunculosa, *anemone ranunculoides*; la *lmaria bipartita*, el erino de los Alpes, *erinus alpinus*; la fritilaria de Persia, *fritillaria persica*; la corona imperial, *fritillaria imperialis*; el bulbocodio de primavera, *bulbocodium vernum*; el jacinto ó breña, *hyacinthus orientalis*; el narciso comun ó poético y todas sus variedades; el tulipan, *tulipa gesneriana*; la francesilla, pomposa ó mariñoña, *ranunculus acris*; la cinoglosa temprana, *cynoglossum omphalodes*; el cornejo macho, *cornus mas*; la mahonia de hojas de acebo, *mahonia aquifolium*; el boj, *buxus sempervirens*; el tejo comun, *taxus baccata*; el ciprés comun, *cupressus sempervirens*; el ciprés de rama abierta ó ciprés de Levante, *cupressus expansa*; el ciprés de Portugal, *cupressus Lusitanica* ó *cupressus pendula*; el árbol de la vida chino, *thuja orientalis*, y otras plantas.

En este mes, en que el variado plumaje de las aves refracta con mayor deslumbrante viveza todos los cambiantes del iris, y que juntándose en amorosas parejas principian algunas á construir su nido, se renovarán los semilleros de las plantas anuales, y se trasplantarán de asiento la minutisa, la clavellina, la cruz de Jerusalem ó ramillete de Constantinopla, los alelies y demás vegetales que no hayais podido trasplantar en los meses de enero y febrero, y que han de embellecer con su porte pintoresco vuestras platabandas y parterres.

Si la estación es templada, pueden quitarse los abrigos que preservaban á las plantas de los hielos de la noche; pero será muy conveniente estar á la expectativa para volverlos á colocar si el tiempo refrescase.

En los jardines es la época de enarenar las calles, rozando antes la yerba y allanándolas con igualdad; también se les dará á los jardines una labor general de escarda, que se conoce con el nombre de *labor de primavera*, después de la cual, si el tiempo no da señales que anuncien una próxima lluvia, ayudareis aquella con un abundante riego.

El mes de marzo es la época mas á propósito para comenzar á ingertar de mesa ó de cachado, si bien en los inviernos templados puede principiarse esta importante operación desde mediados de febrero, y en las provincias meridionales y en los sitios abrigados anticiparla y poderla verificar sin ningun inconveniente en el mes de enero. Esta operación es sumamente sencilla de practicar; supongamos por un momento que teneis un almendro, ó una sierpe de peral, de ciruelo, de espino ó de guindó del diámetro de una pulgada, cuya sierpe ó planta la denominareis *patron*, sobre el cual vais á verificar el ingerto. Lo primero que tendreis que hacer será proporcionaros *varetas* ó vástagos de las mejores castas de albaricoque para ingertar sobre el almendro; de peral para ingertar los perales; de ciruela, albaricoque, melocoton y abridor para ingerir sobre ciruelo; de nispero, acerolo y azofaifo para ingertar en el espino; y de cerezo para ingertar sobre el guindó. Las *varetas* las cortareis de los árboles mas fructíferos, eligiendo los vástagos del año anterior á aquel en que vayais á ingertar, teniendo á la vez cuidado de que dichas varetas estén sanas y vigorosas, y que sean proporcionadas al grueso del patron. Para labrar las púas que han de constituir el ingerto, no hareis mas que dividir los vástagos en trozos que contengan tres ó cuatro yemas, y dar á cada una de estas púas dos cortes laterales por debajo de los hombros de la última yema, formando una especie de cuña, teniendo cuidado de conservar la corteza en la parte anterior como una especie de filete.

Ya las púas así preparadas, aserrareis horizontalmente el patron á unas cuatro ó seis pulgadas del terreno, alisando perfectamente con la navaja corva la *meseta* que resulta, y abriendo después el patron por la mitad con un cuchillo si fuese muy grueso, ó con la misma navaja siendo delgado, y apalancando suavemente por el corte, se introducirá la púa de manera que

coincida exactamente la corteza de ésta con la del patron. Después se colocará un papel, trapo ó broza que abraza y arrolle el patron hasta cubrir toda la cisura, y se atará para que quede bien sujeto y puedan unir con facilidad. Por cima de este papel ó trapo, se dará en caliente con una brocha una disolución de sebo ordinario y pez griega. En otras ocasiones suelen cubrir la atadura con boñiga de vaca amasada con tierra arcillosa; pero sea cualquiera de los dos medios el que useis, aunque el primero es el mejor, conviene que dejes caer una gota de la dicha composición, y que tapeis el corte de la púa que resulta en la parte superior, á fin de que los frios ni las aguas perjudiquen á este nuevo individuo.

En los invernaderos de la region central, cuidareis de que el aire se renueve con frecuencia, para lo cual tendreis abiertas las vidrieras en los días serenos desde las once hasta las tres. En las estufas calientes de la region del Norte, renovareis la basura viva para que proporcione calor á las plantas de ananas, plátanos y demás vegetales de las zonas calientes. En los invernaderos y estufas de ambas regiones, y en portales ó abrigos en la del Mediodía, podeis verificar en este mes la multiplicación de las plantas *exóticas* por medio de los *esquejes*.

Esta operación es sumamente fácil de ejecutar; cogidos los tallos jóvenes ó renuevos de fuchsias, de pelargonios, de heliotropos y demás, se les cortará circularmente por debajo de los hombros de la cuarta ó quinta yema, y se colocarán en macetas pequeñas, cuya tierra se compondrá de dos partes de mantillo de hojas, bien podrido, y una de arena fina. En esta disposición, y después de regados, se meterán estas pequeñas macetas debajo de campanas de vidrio, y á los diez y seis días en adelante se les comenzará á reconocer de cuando en cuando por si tuviesen ya raíces, en cuyo caso se trasplantarán á otras macetas mayores. Dijimos en el mes anterior, que á mediados de mes podiais ir cortando los tallos mas nutridos de las plantas crasas para plantarlos en marzo después de cicatrizados sus cortes. Esta medida es de todo punto indispensable, porque si después de labrado el *esqueje* de la manera que ya conocemos, no se pasara algun tiempo y se castrase la herida, es indudable que el trozo del vegetal que se ha encomendado al terreno, se pudriria sin haber logrado echar raíces, porque como vosotros ya sabeis, todas estas plantas son en extremo jugosas.

De esta manera podreis multiplicar vuestras colecciones de *stapelias*, de *cercus*, de *epiphilum*, de *mammillarias*, de *messembriculhemus*, de *echinopsis*, y las de todas las *plantas crasas*, cuya denominación la deben al aspecto grueso y carnoso que presentan á primera vista la numerosa variedad de vegetales que componen esta sección, cuyos individuos tanto agradan por sus vistosas flores como por lo muy caprichoso de su figura.

MELITON ATIENZA Y SIRVENT.

EL CRUCIFIJO.

(TRADUCCION DE LAMARTINE.)

De sus marchitos labios recogido
con el suspiro y el adios postreros,
¡símbolo de la fe, dos veces Santo,
imagen del Señor, don de los cielos!

Por tus pies adorados, ¡cuántas lágrimas
habrán corrido ya desde el supremo
instante en que llegabas á mis manos
con el calor de su postrer aliento!...

La luz de las antorchas se estinguía;
del sacerdote dulces los acentos,
semejaban el canto de una madre
que al hijo de su amor arrulla el sueño.

Reflejaba en su frente la esperanza,
y en su augusta beldad había impreso
el dolor melancólico dulzura,
su magestad la muerte al mismo tiempo.

Mecidos por el aura, me velaban
alguna vez su rostro, sus cabellos,
que se agitaban como triste sombra
de ciprés sobre blanco mausoleo.

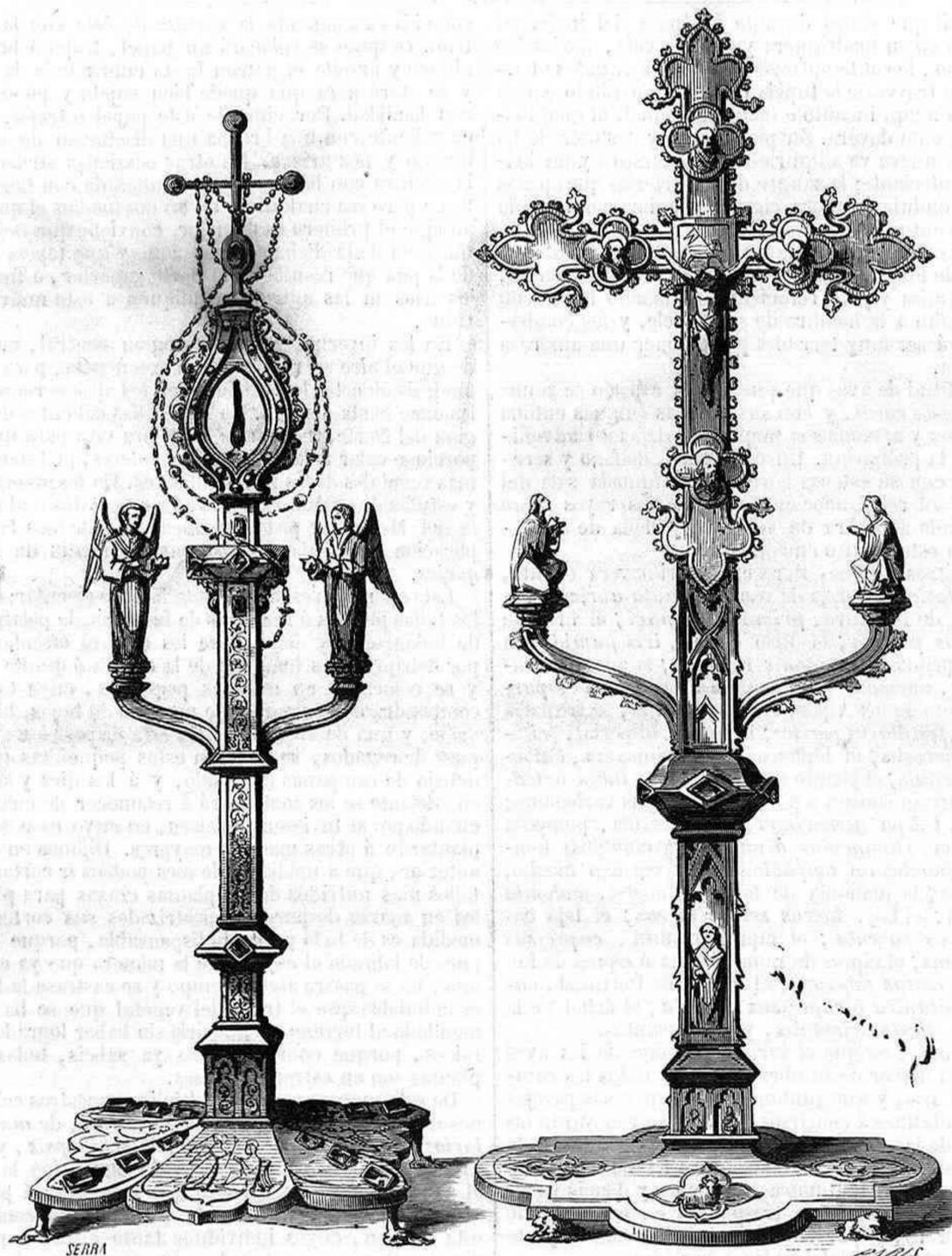
Con uno de sus brazos apoyado
lánguidamente sobre el tierno pecho,
parecía estrechar la santa imagen
del Salvador con cariñoso empeño.

Sus entreabiertos labios la besaban;
mas ya su alma en el divino beso
había huido, cual perfume leve
que, sin quemarse, se consume al fuego.

Ya ni un ¡ay! se exhalaba de su boca,
todo callaba en su dormido seno,
y los caidos párpados cubrían
sus ojos, ya sin luz, antes tan bellos.

Y yo, de pie, con mi terror no osaba
llegar á aquel idolatrado resto,
cual si en su muda magestad la muerte
guardado hubiera en él santos misterios.

Yo no osaba llegar... y el sacerdote,
comprendiendo el valor de mi silencio,



CRUCES GÓTICAS DEL TESORO DE LA CATEDRAL DE GERONA.

—«Toma, —dice, mostrando el Crucifijo lleva en él la esperanza y el recuerdo.»

Si; tu me quedarás, fúnebre herencia; siete veces las hojas ya cayeron del árbol que planté sobre su tumba... Tú has sido mi constante compañero.

Junto á mi corazón, do todo muere, del olvido supiste defenderlo, y ablandando el marfil, mis tristes lágrimas gota á gota sus huellas imprimieron.

¡ Intimo confidente de su espíritu! ven á mi lado y habla, que yo espero me repitas lo que ella te decía cuando solo hasta tí llegó su acento.

En la hora en que el alma ya se oculta de los cerrados ojos bajo el velo, lejos de los sentidos replegada y sorda ya para el postrer lamento:

Cuando entre vida y muerte vacilando, cual fruto desgajado por su peso, sobre la eterna noche del sepulcro tiembla impulsada por su propio aliento:

Cuando sollozos, cantos ni armonías alteran ya nuestro profundo sueño; á los labios unido del que muere como el último amigo en este suelo:

¡ Consolador divino! ¿qué le dices entonces tú para que el rayo eterno de tu luz en su tránsito le alumbré, hácia Dios su mirada dirigiendo?

¡ Tú morir sabes! y en la horrible noche en que orabas constante, sávia dieron á las raíces del sagrado olivo las lágrimas que unías á tus ruegos.

Desde la Cruz llorar viste á tu madre, de la naturaleza viste el duelo; también dejaste amigos en la tierra y en el sepulcro tu divino cuerpo.

¡ Oh! que yo alcance en nombre de tu muerte el ánima exhalar sobre tu peño; cuando llegue mi hora, que en la tuya pueda yo contemplar divino ejemplo.

En tus pies buscaré donde su labio tocó lanzando su postrer aliento, y así vendrá su alma por la mía, guiándola de Dios al santo seno.

Pueda entonces llegar un ser humano triste y tranquilo al par hasta mi lecho, á tomar de mi boca muda y fría esta sagrada herencia que poseo.

Sosten sus pasos tú, su última hora embellece prestándole consuelo, y ve pasando así del que se aleja al que llorando queda en el destierro,

Hasta que voz divina, penetrando en la bóveda oscura de los muertos, los llame siete veces y despierten los que á la sombra de la Cruz durmieron.

EDUARDO BUSTILLO.

GERONA Y SUS MONUMENTOS.

III.

CATEDRAL, JOYAS, ARCHIVO, CLAUSTROS.

Vista la iglesia de Gerona, hay que inspeccionar las alhajas reservadas en su sacristía, todas de considerable valor intrínseco y de manos, especialmente una cruz, hecha de gruesos prismas de cristal de roca, que podrá ser del siglo duodécimo; otra de lo mas florido del goticismo, enriquecida con esmaltes miniados, para cuyo elogio no hallamos espresion suficiente; un delicadísimo viril ó ostensorio del siglo XIII, á modo de candelabro, que lleva dos angelitos en sus brazos laterales; una custodia grandiosa de ornamentación profusísima, según el estilo ojival ya adulterado; unos bordones procesionales embutidos de nácar, amosaicados; incensarios, navetas, arquillas, en suma, un completo museo de joyería religiosa que hace honor á esta ca-

tedral y aun mas al dignísimo cabildo que entre mil afanes logró salvarlo de prolijas vicisitudes.

No cupo tan buena suerte al escogido archivo-biblioteca, que antes de comenzar la guerra era aun admiración de los sabios, como puede verse del citado padre Villanueva. Frente al claustro hay el capitulo, serie de cuatro ó cinco salones adornados con muebles antiguos y con algunos buenos cuadros al óleo, y en su confin otra puertecilla conduce á un gabinete rodeado de viejos armarios: en esta se compendia ahora todo el archivo. Inútil será pedirle los *cien códices manuscritos de variado mérito* que describe el autor del *Viaje literario*, y sentimos no poder decir con él «que le haya perdonado el furor de las guerras, siendo maravilla se conservase lo que encerraba, aun considerado el trastorno y precipitación que suele acompañar la vecindad de un enemigo cruel, la escasez de caballerías y carruajes para el transporte etc., habiendo apenas pasado siglo en que Gerona no hubiese de esconder ó trasladar sus archivos, bibliotecas, alhajas, etc., etc.

Aquel tesoro científico, tan laboriosamente adquirido como difícilmente conservado, viene hoy á reducirse á media docena de volúmenes: felicitémonos, sin embargo, de que uno de los salvados sea la hermosa biblia de *Carlomagno*, joya verdaderamente digna de un príncipe, que si no pudo ser del nombrado, como posterior en quinientos años, lo fue de Carlos V de Francia, según un elegante autógrafo suyo, que marca la fecha de 1378, confirma al pie del libro. A nuestra iglesia vino en 1456 por legado de su obispo don Dalmacio de Mor, que lo adquirió en París hallándose de embajador; como quiera, la obra es italiana, de últimos del 1200, conforme reconocerá el menos versado en la iconografía-paleográfica, atendidos al carácter, gusto, ejecución y demás circunstancias de ella. Sin contener grandes miniaturas, es profusa y espléndida en sus cabeceras, orlas, remates, letras iniciales, etc. El estilo de la composición y el trage de las figuras, convienen vigorosamente con los de la patria y escuela de los artistas de Bizancio, bajo cuyo supuesto, conviértese en buen documento para apreciar el desarrollo de la misma escuela, que en ese raro ejemplar vemos en progresión, cuando en otros se la acusó de estacionaria ó decadente.

También ha quedado del siglo X un códice apreciable, que entre los mas notables de España cuenta el señor Eguren en su *Memoria descriptiva* de ellos (Madrid, 1859), y que á nuestro parecer ofrece visible hermandad con los célebres *tumbos* diplomáticos de Oviedo, patria del autor del testo (Comentarios sobre el Apocalipsis, por San Beato). «Arqueológicamente, ofrece mas interés que la Biblia, no tanto por la rareza del contenido, como por la singularidad de sus iluminaciones, muchas en número, de gran carácter y de sumo valor para la historia íntima y artística de la monarquía española en sus albores.

Los otros manuscritos son: un Compendio de evangelios para las fiestas del año, y á la vez ritual para el juramento de canónigos, según formularios que contiene, además de algunas viñetas de principios del 1100, y unas tapas de madera esculpidas, rarísimo modelo de encuadernación de aquel tiempo: otra Biblia del siglo XIII, perfectamente escrita y enriquecida de muy finas iniciales; un libro *becerro* ó de antigüedades de la catedral; unas colecciones conciliares y litúrgicas; la *Miscelánea* del cronista Pedro Carbonell, que tanto encaece al nombrado Villanueva, etc.

Para acabar con la iglesia de Gerona, ya solo nos falta recorrer el claustro, que es su accesorio mas antiguo. Reliquia veneranda de la iglesia primera, que tuvo origen el año 1015, según la escritura de venta de San Daniel, cuyo precio se destinó á la fábrica de la catedral, habiéndose comenzado estos claustros cuatro años después, según el acta de dotación de la canónica (1); como obra de arte es cumplida en su género, y como monumento, á pocos cede en aquel plácido misterio y religioso sabor que forman el grande encanto de nuestras seculares basílicas.

Todo lo que de poético y bello supo inventar el genio sajón-normando, que al golpe de su varilla mágica suscitó mil santuarios en Cataluña, véase campear en esos claustros de la catedral gerundense.

Una galería baja, continua y prolongadísima, de ángulos equilaterales, de media bóveda en tres de sus lados, siguiendo la inclinación del techo; decorada por cada frente con doce arcos de plena cimbra, resaltados afuera en curvas concéntricas que se juntan en una columnilla sobre las respectivas ménsulas, apoyándose estas en columnas generales de grandiosos capiteles que al igual de sus repisas allegan toda la gracia y capricho de la ornamentación del siglo XI; tal es el galano juego arquitectónico que en vigorosos resortes sobre un fondo oscuro de criptas y sepulcros, presenta el conjunto de esta bellísima página monumental.

J. PUIGGARI.

(Se continuará.)

(1) La iglesia ya concluida se consagró en 21 de setiembre de 1038.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARI.
IMPRESA DE GASPARI Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCEPE, 1.